

El nacimiento

Aquella mañana barcelonesa de sábado a finales de julio del 78 invitaba a estar en la calle. Se respiraba un ambiente festivo, todo me parecía brillante aquel día. El coche de mi padre estaba aparcado milagrosamente justo frente a la portería de casa. Aquella calle estrecha, tocando al Hospital de Sant Pau, con nombre de poetisa gallega, servía de refugio adolescente y aventuras de barrio; era testigo de tantas cosas... Toda mi niñez paseando por aquellos *panots* (baldosas características de las aceras de Barcelona) en forma de flor, las mismas caras y las mismas vidas sobre esos metros de mundo... En mi mente yo me creía inmortal: parecía que el tiempo estaba parado; que los viejos habían nacido viejos; los mayores, mayores... Mi posición era inamovible: la del joven que se iba a comer el mundo, como si los demás estuvieran de relleno; yo era la verdad y encarnaba el futuro.

El portón trasero del coche abierto, el maletero lleno de bolsas de plástico, maletas, comida de todo tipo... el primer día de vacaciones. Los vecinos paseaban contentos, siempre con alguna broma. En aquellos tiempos

la vecindad y el barrio tenían entidad propia; todos nos conocíamos, la relación era cercana y amigable.

Yo bajaba por las escaleras del edificio emocionado, llevando en volandas mi nueva bicicleta de carretera, azul reluciente, con marchas en piñones y platos; aún no había rodado y estaba deseando pillarla bien. La teníamos que colocar en la baca del coche, nos íbamos a la costa. Toda mi obsesión era entrenar con la bici para coger fondo; me esperaba un septiembre de gimnasio... Quería volver al vestuario, mi cuerpo retenía demasiada energía acumulada... Me sentía fuerte, invencible y eterno.

Esperando a que los bultos estuvieran dispuestos para poner la bici, decidí darme una vuelta por el barrio. Me dijeron que no tres veces, y tres veces insistí... Al final, sin permiso, me esfumé rodando por la esquina.

El aire en mi cara, tejanos nuevos y un polo a lo marinero heredado de mi primo Antonio, mi cuerpo fibroso, mi mirada posándose en todo lo femenino que se interpusiera en mi campo visual. Mis piernas ni se esforzaban en la cuesta, mi pecho respiraba tranquilo; cerré los ojos un momento... me parecía tenerlo todo. Me esperaba un verano de entreno con mi nueva bici y, allí en la costa, vería a Isabel... Con catorce años, tenía mis expectativas cumplidas... Mi corazón rebosaba de emociones nuevas.

Bajé por Castillejos hasta Industria, giré a la izquierda y de vuelta a casa, subiendo por Cartagena... Oí un silbido...

—¡Diego...! ¡Ehh, Diegooo...!

Paré la bici... En la acera, el vecino del cuarto, en un taller de reparación de ruedas, un coche con caballete, una rueda en el suelo...

—Diego, ¿me puedes hacer un favor?... —siguió sin esperar respuesta—. Mira, he pinchado y no tengo dinero para pagar la reparación, ¿te puedes acercar en un momento a mi casa y le dices a mi mujer que te de 2.000 pesetas?

—Sí, pero mi padre me está esperando, nos vamos de vacaciones...

—Es un momento, hombre; con la bici vas y vienes en menos de cinco minutos.

—Vale, voy.

Subí raudo por Cartagena como si fuera bajada, entré en la portería pedaleando, dejé la bici bajo la escalera y trepé hasta el cuarto piso saltando peldaños de tres en tres.

Din-dooong...

—Hola. Su marido me ha dicho que me de 2.000 pesetas, porque ha pinchado la rueda del coche, que ha de pagar la reparación... Buf, buf...

—Sí, hombre, sí. Toma, 2.000 pesetas, ve con cuidado.

—*Adéu.*

Bajé por Castillejos y giré por la Avenida Gaudí a la derecha... No sé por qué, me lié y llegué a Rosellón... Estaba parado en el semáforo, a mi lado un coche, detrás

de mí una ambulancia... Todos esperando se pusiera en verde.

Me di cuenta de que si seguía bajando por la Avenida Gaudí me desviaría del taller. Giraría a la izquierda e iría a buscar Cartagena, me quedaba un poco más abajo pero ya estaba bien... «¿Qué le pasa a este cambio?... No va fino, se atasca la cadena...».

El semáforo se puso verde... Giré a la izquierda, y la cadena quedó suelta entre los piñones y la rueda... Miré entre el cuadro de la bici hacia el cambio, y vi la cadena desprendida. Estaba casi parado... no me había percatado de que estaba en medio de la avenida, en dirección contraria. Oí el pitido de un coche que estaba detrás de mí, me estaba avisando; miré hacia mi derecha y vi a un coche que subía por la avenida a toda hostia. El conductor iba hablando con la novia... no me había visto... Mi corazón se salía del pecho, pedaleé con todas mis fuerzas, pero la cadena no estaba enganchada. Los pedales rodaban, pero la bici no se movía del sitio; la masa amarilla se dirigía hacia mí como un asteroide.

El choque fue brutal. Oí cómo se rompían mis huesos; volé y vi pasar el cielo y las nubes.

Me desperté tumbado en el suelo, literalmente encharcado en sangre; mis manos en el suelo totalmente rojas, impregnadas y pegajosas; mi brazo izquierdo tenía un agujero tremendo en la parte anterior del codo, justo partiendo la vena: por el orificio, podía ver con toda

claridad cómo salía un chorro de sangre con cada latido de mi corazón. Intenté ponerme en pie, pero mi pierna derecha se doblaba a la altura del fémur como si fuera de goma. Me mareé, no podía pensar, mis brazos no aguantaban el peso de mi cuerpo. Caí; noté que me cogían y me tumbaban en una camilla, sirenas... Gritos de enfermeras y médicos que cortaban mi ropa; olor a alcohol; vendas; me pusieron una tela verde que me tapaba la cara; pinchazos por todo el cuerpo. Le pedí a Dios que no me dejara morir; pero que si había de quedar jodido, me llevara al otro barrio, donde no hace falta cuerpo alguno.

Mi padre estaba esperándome en el coche. Apareció mi vecino y le dijo que me había escapado con 2.000 pesetas, que «vaya morro que tiene». Fue directamente al hospital, sabía que yo no me quedaba con la pasta de nadie. Me descubrió en una camilla, con la punta de unas pinzas en el orificio de mi brazo izquierdo pinzando la vena, casi desangrado, roto por completo.

Casi un año con muletas, 90 puntos de sutura en todo el cuerpo, la pierna derecha destrozada, la columna y la rodilla tocadas para siempre...

Aquel primer día de mi nueva vida fue duro. El dolor, insoportable. Se desvanecieron el vestuario, la gimnasia, las vacaciones y la bicicleta. Todo sería diferente a

partir de aquel momento; el destino selló un futuro muy distinto al esperado.

Aquel conductor despistado, que no tuvo ninguna culpa, cambió el rumbo de mi vida definitivamente. O quizás fue mi vecino insistente; o el clavo que pinchó la rueda de su coche; o la cadena de la bici suelta; o su mujer, que estaba en casa en ese momento; o el no haber cargado la bici lo primero en lugar de lo último; o mi manía de no hacer caso a lo que me dicen; o aquel semáforo que no se ponía verde ni a tiros; o mi equivocación al girar por la Avenida Gaudí; o... Quién sabe cuál es el sentido, si es que lo hay, de la casuística de nuestro día a día. ¿Cómo podemos controlar nuestro futuro, si no somos capaces de prever lo que pasará en el segundo siguiente de nuestras vidas?

Esta nueva existencia que se creó aquel día me ha dado experiencias que quiero compartir. Espero que veas en ellas descubrimientos o, como mínimo, un ligero entretenimiento.

La ajeriencia

Según la Real Academia Española, el término «experiencia», del latín «*experientia*», puede tener varios significados, a saber:

- 1.- *Hecho de haber sentido, conocido o presenciado alguien algo.*
- 2.- *Práctica prolongada que proporciona conocimiento o habilidad para hacer algo.*
- 3.- *Conocimiento de la vida adquirido por circunstancias o situaciones vividas.*
- 4.- *Circunstancia o acontecimiento vivido por una persona.*
- 5.- *Experimento.*

En cualquier caso... la experiencia es algo vivido por uno mismo. Por lo que a mí me han enseñado... de lo que toma conciencia uno mismo para uno mismo... no sirve para los demás.

No creo que eso sea muy cierto; de hecho, creo que es muy discutible.

Puedo afirmar, a modo de confesión personal, que he podido aprender mucho de experiencias ajenas. He tenido personas referentes en mi vida que, sin pretenderlo, han ejercido de guía; he escuchado activamente a estas personas y he solventado más de un problema gracias a esta práctica.

Lo cierto es que se aprende mucho más de las experiencias negativas que de las positivas. Pasa lo mismo con la «Ajeriencia». Explicar éxitos (que es lo común, por aquello del ego y el triunfalismo) puede ser aleccionador; explicar fracasos incrementa esta posibilidad. Claro que es mucho más cómodo decir lo bueno que uno es y lo bien que ha hecho esto o aquello que confesar dónde se ha equivocado e intentar analizar el porqué.

Por otra parte, habiendo criado a dos hijos, estoy en disposición de afirmar que mis propias experiencias han podido servir, de alguna manera y de forma positiva, en algunas de sus decisiones y en algunas acciones de sus vidas. Para ello ha sido necesario compartir con ellos mis propias experiencias desde la objetividad, la autocrítica y la sinceridad... Puedo asegurar al lector que no es una situación cómoda; ya que si algo es cierto, es que las experiencias que más curten son las que han ocasionado resultados negativos: los fracasos. Y compartir fracasos no es divertido; pero según mi criterio, puede ser muy aleccionador.

Para conseguir que esto se produzca es necesario que se cumplan dos variables: la disposición a compartir por

AJERIENCIA

parte del que explica, y la práctica de escuchar y analizar de forma objetiva por la otra parte.

A esto, yo lo llamo «Ajeriencia» (la capacidad de asimilar y aprender de una experiencia ajena).

Cuando uno explica una experiencia a otro, cuando se produce el fenómeno de la Ajeriencia, no hay clases magistrales; no hay *mentoring*, ni ejemplos; no se le dice al otro lo que tiene que hacer; simplemente se está compartiendo una información que puede cambiar a mejor la vida del ajeriente, que en su contexto y con sus ideales utilizará dicha información a su manera, para un resultado mejor.

A mi parecer, disponer de una buena capacidad de Ajeriencia prepara mucho más al individuo, que está siempre en el ejercicio de la observación de las acciones ajenas frente a los resultados que le han reportado. Creo firmemente que una buena disposición de Ajeriencia da ventaja al que la practica; que por supuesto, y como es lógico pensar, no queda exento de tener sus propias experiencias. La suma de ambas dará a esa persona su madurez personal, tanto en su desarrollo profesional como en su vida personal.

Sigmund Freud decía: *«Solo la propia y personal experiencia hace al hombre sabio»*.

Perón solía aconsejar: *«Es mejor aprender de la experiencia ajena, porque la propia cuesta mucho y llega tarde»*.

Tu opinión es tan importante como la de Freud o Perón; si no más. Te emplazo a que, después de haber

leído este libro, compartas tu opinión en www.ajeriencia.es. Colabora para que este portal pueda ser la base de aprendizaje de muchos jóvenes. El granito de arena para un futuro mejor.

El término «Ajeriencia» no está registrado; es un regalo para quien lo quiera utilizar. Solo pido que nadie lo registre, que sea público y de libre uso.

Poesía no es signos negros en la página blanca. Llamo poesía a ese lugar del encuentro con la experiencia ajena.

JOSÉ EMILIO PACHECO (*Escritor y poeta mexicano*).